

JULIA GARCÍA ORIVE

HISTORIA ESCRITA EN FUTURO



Historia escrita en futuro

@ 2007. Julia García Orive

@ 2007. Eolo Dreams S.L.U.

Portada: Julia García Orive

Edita: Eolo Dreams S.L.U.

Web: www.casaeolo.com

e-mail: info@casaeolo.com

Reservados todos los derechos.

Se autoriza la difusión y reproducción de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar (www.casaeolo.com)

1

Llegará un día en que coja la maleta, y mire por la ventana y la tire después de respirar el aire que se negó a respirar con cada visita.

Y entonces, cuando regrese su madre y al entrar vea toda esa ropa nueva arrojada al césped se temerá lo peor, pero él ya habrá salido por la ventana de su cuarto y estará encaramado al tejado como si formara parte de la pandilla de gatos que hicieron suya hasta la última teja.

Quizá maúlle un poco para que nadie lo descubra hablando español allá arriba, y en el fondo, quién le insta a que hable. Él mismo, él se obligará a hablar, porque se tiró tantos días encerrado con la maleta en el desván que el miedo a olvidar cómo se entrelazan algunas palabras lo suele visitar ahora, cuando nada de lo que ocurrirá ha ocurrido.

Su madre podrá gritar y podrá ponerse histérica y, si quiere, enseñarle el trasero blanco y fofo, aunque es algo que no hará desde allí abajo, con los tacones agujoneando el barro en que se convertirá la tierra después de que llueva todo lo que ha de llover todavía.

Podrá hacerlo, ¡vaya que sí! Él no va a arrancar la antena de la tele para lanzársela a la cabeza, y en caso de atinar, conseguir que se calle.

Porque él no bajará. Él sabe muchas cosas o las imagina mirando a través de las rendijas de la ventana del desván, pero esto es algo que se le escapa de los circuitos de su cerebro contenido, vibrando tenso a punto de explotar.

Aunque no aún. Espera, y esperará, aguantará las pulsiones de su masa encefálica agotada y fingirá que no nota que le pesa la cabeza

como cuatro camiones australianos. Esperar se la da bien porque hubo un día en que tuvo que comenzar a hacerlo y fue de lo poco que pudo hacer, así que espera, y esperará bien.

¿Se puede esperar mal? Reúne fuerzas y concentra sus ojos grisáceos incluso ahí donde deberían ser blancos en una palabra: Fuera.

Volverá a bajar al salón. Y volverán a obligarlo, él lo sabe cuando huele el aire de Canadá que trae su padre en el abrigo. Y su madre lo llamará, y todos comerán juntos mientras él tose y el nerviosismo se le lleva la cabeza fuera. ¡Fuera! Pero la palabra fuera cambiará. A lo que ayer fue fuera, mañana se le caerá el pellejo.

En alguno de los mañana de los tantos mañana que aún quedan hasta que pase.

Pero pasará, porque llegará un día en que coja la maleta, y mire por la ventana. La ventana que solía tener unas rejas que no dejaban ni siquiera que sus manos vencibles se agarraran a sus barrotes. Ni siquiera como un juego, o como una caricia, porque había tantos y tan juntos que no cabían entre los huecos de respiro que liberaban.

Su padre se marchará de nuevo y él observará el coche alejarse hasta que quepa por una de esas franjas entre barra y barra y al final desaparezca y entonces él tendrá que volver a esperar; a esperar para reconocer desde allá arriba en la penumbra el olor de siempre, que se va y vuelve, y que se fue pero que volverá.

Esto antes de que se vaya para siempre.

La maleta todavía está ahí con toda la ropa nueva que su madre compró mientras a él se le iban agrisando los ojos, y se le llenaban las comisuras de saliva pastosa, blanca, cansinamente depositada, como si le sobrara después de todas aquellas horas en silencio.

La maleta dejó de ser maleta al segundo día de su no contundente, el no que no entendía su madre y que ni siquiera sé yo si entenderá.

La maleta empezó a ser un símbolo y él dejó de tocarla, si es que algún día la tocó, y si la tocó fue cuando su madre se la ofrecía con una violencia rabiosa, como si estar también ella en aquel desván la fuera a dejar sin aire. ¡Aire!

“Me dejará sin aire seguir aquí dentro”, debía pensar su madre mientras le tendía la maleta y el muchacho se espantaba con aquellos brazos estirados y tensos de ella.

Dentro era arriba y su madre quería libertad, así que ella se quedaba abajo y “fuera” y la maleta permanecía, permanece, ahí tirada, cerrada sin llave, hasta que él se decida a tocarla de nuevo, hasta que deje de significar Canadá y ese aire odioso del abrigo de su padre, que vuelve cuando la noción de los días ha vuelto a esfumarse.

2

Los días caminan pesados entre las paredes del desván y van dando vueltas como sombras chinescas proyectadas desde el alba hasta el anochecer.

Cuando la madre ve la tele el muchacho es capaz de oír cierto rumor y se entretiene intentando averiguar qué es lo que dicen, aunque casi siempre se lo tiene que inventar todo.

El padre no llega hasta el martes, y aunque eso sí ha de pasar porque justo un día de algún calendario está marcado con rotulador permanente, aún no flota el olor a Canadá por el camino. Aún no ha ascendido hasta el gallinero junto con el aliento afrancesado del padre que le reseca tanto el paladar cuando se le mete en la boca.

La maleta continúa tirada narrando una historia muda que nadie mira pero que tampoco deja proyectarse aguardando al martes.

Es la presunta arma de su madre que se convertirá en la suya propia.

3

El padre llegó en su coche granate apestando al lugar de origen y el muchacho comprendió a lo lejos.

Unos minutos más tarde la ropa desperdigada por el jardín hacía gritar a la mujer de la melena rubia que siempre había guardado la compostura tan brillantemente en el barrio.

Él ya estaba arriba y notaba las ondulaciones de las tejas bajo las suelas como si todo vibrase después de tanta quietud a la fuerza. Parloteaba solo mientras su madre ya empezaba a colgar los primeros berridos del cielo. De un precioso azul de cielo de cuento de buen final.

Le dolían las piernas a la pobre mujer abatida sólo de pensar en lo alto que estaba su hijo, el hijo que se había hecho brisa y se había colado por los agujeros de la reja para encaramarse al tejado.

Pero ya no había reja.

El padre abría la puerta del auto cuando ella veía que ya no había reja.

Fue cuando comprendió que prefería que su hijo se hiciera brisa a que ridiculizara la prisión donde ella lo había internado.

El olor a Canadá a ella la hacía morderse los labios de impaciencia por meterse entre las sábanas con su marido pero esta vez era incapaz incluso de girarse y dedicarle un simple vistazo. Y el olor seguía allí, de hecho la impregnó cuando el hombretón dio algunos de aquellos pasos

de pingüino y contempló a la criatura a la que ambos habían dado vida y pseudo-muerte junto a uno de sus hombros temblorosos. Pero temblaba demasiado.

Ninguno de sus gritos, fuera cual fuera su contenido, podría conseguir que las camisas sin estrenar se elevaran sobre ellas mismas y volvieran plegadas a la maleta, que yacía con la boca abierta estampada contra el seto.

4

Ahora que veía el cielo azul y que todos los kilómetros que era capaz de divisar en la distancia se extendían ante sus ojos libres como la gran inmensidad arrolladora de un universo infinito... sus entendederas sufrieron un cambio de tuercas y aunque le habría gustado levantarse y gritar, se quedó un rato sentado.

Hablaba solo. Y aunque sólo murmuraba en verdad, era el berrinche de su madre lo que quedaba en segundo plano. Algo todavía menos inteligible que los diálogos televisivos que atravesaban a duras penas los tabiques de la casa.

Allí arriba sentía que se le abrían las entrañas y que cada centímetro de su cuerpo entraba en comunión con las partículas del aire.

Aire...

Su padre estaba allí.

Cuando sus ojos lo encontraron antes de que su cabeza le pidiera que no se movieran del cielo, el olfato despertó. ¡Canadá!

Sacudidas de Canadá barrían como viento extraño la hierba del jardín. Eran las olas tempestuosas del mar embravecido del padre y de la madre.

Debieron gritarle que bajara pero la maleta ya no se podía cerrar. Toda la ropa que para ella tenía boca y voz y decía al unísono “todavía tengo hijo” yacía muda.

5

Llegará un día en que coja la maleta, y mire por la ventana y la tire después de respirar el aire que se negó a respirar con cada visita.

Ese día llega y entonces los segundos corren desbocados y le agitan el cabello a la mujer que se quedó sin llave.

Todo llega. El padre que no era padre, justo para contemplar cómo el muchacho levanta con su fuerza al hijo ficticio de la mujer carcelera, lo arroja al espacio exterior, y se le caen las vestimentas porque resulta que ya no hay hijo.

La ventana que solía tener unas rejas endiabladamente firmes ya no las tiene.

El día llegó y el muchacho salió por segunda vez del útero de su madre.

Al fin fuera.